



RÍO ZAMBEZE

[NOVIEMBRE DE 1855]

Era un río ancho, de aguas tranquilas y sin oleaje, salpicado de pequeños islotes. Los árboles abarrotaban las orillas: palmeras, palmeras datileras, motsouris de color verde oscuro. En lo alto, la bóveda de un vasto cielo despejado de nubes. El ambiente era de una gran quietud.

De repente, el chapoteo de unos remos quebró el silencio. Aparecieron unas canoas que se deslizaban repletas de jóvenes africanos que remaban a un ritmo constante. En el centro de la primera canoa viajaba un hombre encorvado de piel más clara que los demás. Aquel hombre no remaba.

Las canoas se dirigieron a la orilla y encallaron en la arena de una franja de terreno llano. Los hombres se bajaron de un salto. Uno de ellos le tendió una mano al hombre pálido. David Livingstone cogió la mano de su amigo.

—Estoy muy enfermo, Mpepe. No me veo capaz de llegar al océano. El río es mucho más largo de lo que me esperaba.

Mpepe le ofreció una sonrisa de aliento.

—Doctor Livingstone, le prometí al jefe de mi tribu que le llevaría a salvo hasta el final de su viaje, y lo haré. El río es peligroso, está lleno de hipopótamos y cocodrilos que tratarán de volcarnos las canoas, pero somos unos remeros con experiencia. Además, pronto verá algo que jamás olvidará... Mire.

En la lejanía, Livingstone alcanzó a ver una columna de humo contra el horizonte de color azul. Oía un débil murmullo que fue aumentando conforme descendían por el río. ¿Qué le aguardaba?

Al día siguiente, el rugido era ensordecedor, y unas enormes columnas de vapor blanquecino se alzaban como el humo en el cielo. Mpepe guio las canoas hasta un islote en el centro de la corriente. Los hombres se bajaron y las empujaron con precaución sobre las rocas hasta que Mpepe, brazo en alto, les indicó que no avanzasen más. Livingstone miró hacia abajo.

Se encontraba asomado al mismísimo borde de un precipicio gigantesco. A ambos lados, el agua caía cientos de metros en un cañón de roca y levantaba nubes de minúsculas gotitas de agua.

—¿Dónde estamos, Mpepe?

—En Mosi-oa-Tunya, el humo que ruge.

Gracias a sus guías, David Livingstone fue el primer europeo que visitó las mayores cataratas del mundo, a las que dio el nombre de «cataratas Victoria».

